

tras; foco de civilización, donde se habían fundido los elementos griego, romano y godo; rival de Italia en renacer de la barbarie y en desbatar á sus mismos conquistadores; ocasionada á producir una cultura particular y característica, fecundando aquellos elementos con la índole de los pueblos nuevos, de la religión cristiana y de las instituciones públicas. El *gay saber*, que allí primero que en ninguna otra parte reguló el nuevo espíritu poético que de tal nuevo concurso de circunstancias había de originarse, con ese casamiento acabó de penetrar en Cataluña; y el arpa de los trovadores se prestó dócilmente á las manos catalanas, que más fieles al espíritu de sencillez y de sentimiento, ó dígase mejor, de verdadera poesía, no pervirtieron con tanta sutileza sus primitivos acordes, y aun quizás le añadieron nuevas cuerdas. El arte de narrar, que es sin duda el principal en la literatura de toda sociedad naciente y tanto se cultivó en Provenza, vino también á Cataluña á perpetuar las hazañas ciertas de esos naturales y las tradiciones religiosas y guerreras de su pasado, hasta el punto de ser después otro de los caracteres del breve período de su gloria literaria. La manera de pensar y sentir, los usos del comercio de la vida, el espíritu caballeresco, cuántos conocimientos estriban en el raciocinio, todo experimentó aquí la influencia de aquel contacto, la cual fué tanto más profunda y duradera cuanto más lentamente se desarrollaron sus gérmenes.

Por esta misma sazón (1112) se incorporó á la casa de Barcelona el condado de Besalú, por morir sin hijos su postrer conde Bernardo: ahora se cumplía lo estipulado cuando, al casarse éste en 1107 con una hija del barcelonés, hizo al suegro donación de sus estados, si la muerte le encontraba sin prole habida en aquel enlace.

Mal, pues, podía prolongar su tiranía el usurpador de Carcasona Bernardo Atón, quien, á favor de los sucesos que retenían á Ramón Berenguer III en Cataluña, se había concertado con otros magnates circunvecinos y hecho guerra atroz á los

leales carcasoneses. Era hora de vengar las rapiñas, los insultos, las mutilaciones, las muertes sembradas por el vizconde y su hijo en aquel condado; por lo cual Ramón Berenguer movió sus armas para aquellos sitios. Resueltos estaban Bernardo Atón y su feroz hijo Roger á probar la fortuna de la guerra, como contaban con el auxilio de sus aliados; mas á tal rompimiento, interponiéndose algunos varones piadosos, al fin recabaron que entrambas partes transigiesen, quedando Atón con el vizcondado y la posesión de Carcasona en feudo del barcelonés y obligado á servirle y valerle como vasallo.

Pronto una feliz casualidad abrió á las armas catalanas un nuevo camino, fecundo en gloria y más fecundo en resultados para lo venidero. La república de Pisa, tan atormentada de las incursiones de los árabes baleares desde el tiempo del intrépido Mudjehid, al fin resuelve llevar á las islas su venganza; y obtenidos del sumo Pontífice Pascual II los honores de cruzada, recibe en su seno los voluntarios que de todas partes de Italia acuden, y por agosto de 1113 bota al agua una buena flota. Las tempestades interrumpen su viaje; y al proseguirlo ellas la arrojan á primeros de setiembre á la costa oriental de Cataluña. Creen los cruzados que aquella tierra es Mallorca; desembarcan armados; y este error, si pronto se desvanece, sirve de difundir la nueva por el país, que la recibe con gozo. También los catalanes habían sufrido la piratería y rebatos de los baleares; las manos de los isleños habían encendido las llamas de sus villas y de sus templos en pasadas invasiones: los que con tanto ardor abrazaban la empresa de Ultramar ¿no habían de clamar por cruzarse ahora en demanda de Mallorca? Consintió el Conde en lo que ansiaban sus pueblos: conferenció con los pisanos en aquellos mismos sitios de San Felío de Guíxoles y de Blanes, cuna de la marina catalana y después mantenedores de su gloria; y convenido que entraría en la expedición, recibió el mando supremo de todas las fuerzas. Frustróse esta aquel invierno; mas no descontinuándose los preparativos, creció tanto en nom-

bradía que mereció enviase el papa un legado á presidirla y activarla. Partió en fin por junio de 1114: Ibiza la primera probó el denuedo de los aliados, y animosos con este triunfo, tomaron tierra en Mallorca á 24 de agosto y embistieron la capital. Largo fué el cerco, lleno de dudosos trances, de áspera fatiga para sitiados y sitiadores: por una y otra parte gran juego de la tormentaria, ingenios erigidos á gran costa, allegados á los muros, apartados á viva fuerza, vueltos á arrimar, destruidos con fuego y á mano armada, de nuevo construidos; brechas disputadas, combates á la continua; vicisitudes que pusieron á prueba la constancia de los expedicionarios. En esto entró el invierno, y con su crudeza las enfermedades; y ciertamente ha de tenerse á ventura maravillosa que de tal ejército colecticio, en que tantas naciones, tantos jefes y tan diversos caracteres se contaban, ninguno clamase por reembarcarse hacia el país nativo. Al fin á principios de febrero de 1115, tras furioso asalto y defensa, fué forzada la brecha del primer recinto de los tres en que la ciudad se dividía: ya después las murallas de los restantes fueron leve obstáculo á la furia de los cristianos, que á primeros de abril entraron á sembrar la muerte y la destrucción por el Alcázar (1).

Las consecuencias de esta jornada, ya que inmediatamente no se tocasen, fueron sumas en lo sucesivo: la marina catalana cobró un segundo impulso que ya le permitió surcar con armadas propias el Mediterráneo; y á beneficio de la conversación con aquellos italianos, no sólo se esparcieron las semillas de la navegación y del tráfico, sino que nuevas ideas y nuevos hábitos se ingirieron de aquellas repúblicas en el cuerpo social y político de Barcelona. Pero ni á los pisanos era dable mantener lo conquistado, que les necesitara á defenderlo continuamente con

(1) En el *Tomo de Mallorca* narramos circunstanciadamente esa expedición, esforzándonos por comprobarla con la copia de los datos que habían de dar valor histórico á este suceso, antes en gran parte tenido ó por fabuloso ó por muy incierto.

un fuerte ejército y más con una numerosa escuadra; ni la condición de aquella hueste, formada de gente allegada á la voz de señores diversos ó voluntariamente traída del celo cristiano, del deseo de la gloria ó del cebo de la ganancia, era acomodada á retener tras el triunfo á los conquistadores, que por esto y por la naturaleza de las guerras de entonces debían de ansiar el regreso á su patria. Tampoco podía Ramón Berenguer III encargarse de la custodia de las islas, cuando los árabes lanzaban de nuevo los estragos de la guerra en el interior de Cataluña; y sin duda ni él ni sus aliados habían contado con defender la posesión de su conquista, como apenas tomada Ibiza al principio de la expedición, se les vió arrasar sus fortificaciones y desampararla. El suceso justificó la prudencia de esa determinación; que si tan á mansalva habían los cristianos combatido la capital de Mallorca, no era presumible dejase de acudir el Emir de los almoravides Yusuf con cuántas fuerzas navales le permitiese acopiar su disputada dominación en España, como pronto lo puso por obra aquel mismo año.

La historia se complace en conservar las hazañas habidas en esa conquista por Ramón Berenguer, que si fué primero en el consejo, también cumplió como bueno en las ocasiones más apuradas; y la tradición, amiga de los héroes y de aquellos días heróicos, legitima su regreso con nuevas hazañas. Bien pudiera ser que los árabes fronterizos, viendo al condado sin cabeza y sin sus mejores hombres de armas, y quizás sabedores de los preparativos del Emir Yusuf ó por éste reforzados con buenos auxilios, entraron á correr las tierras de Barcelona y combatieron la plaza durante dos días; ¿y por qué no ha de ser cierto que nuestros mayores supieron pasarse sin sus caudillos naturales en la defensa de sus hogares? ¿Por qué el Conde y sus compañeros no hubieron de poder llegar á tiempo para ensangrentar en los enemigos sus espadas vencedoras? La verdad del suceso allá queda perdida en el vislumbre que de entonces nos encubre gran porción de hombres y de cosas: la tradición de los

pueblos empero ha pretendido motivar con la entrada de los árabes el regreso de los catalanes de Mallorca; y ya que no haya de atribuirse crédito al desembarco nocturno de nuestros compatriotas en las playas de Castells de *Faels*, ni al estrecho en que se vieron los moros en las gargantas de Martorell, ni á los ataques que los de la ciudad y los recién llegados les dieron por todas partes, la voz de la tradición significa por lo menos que entonces los árabes pagaron su temeraria tentativa con una derrota sangrienta. Por esto no cabe leer sino con benévola sonrisa tan puntualizado lo de haber corrido rojas de sangre las aguas del Llobregat desde el punto del combate al mar, y la triunfal entrada del Conde en Barcelona, y el apresuramiento de la buena condesa en venir desde Provenza, á la fama del suceso, á reunirse con su esposo.

La trascendencia de aquella empresa comenzaba á entreverse: el Conde, durando el ardor de la victoria, proyectó proseguir la guerra contra los árabes circunvecinos, señaladamente contra Tortosa, y devolver á la fe de Cristo todo el territorio que pudiese en España; para lo cual determinó pasar á Italia á contraer nuevas alianzas y á obtener el privilegio de una segunda cruzada. El acrecentamiento de la marina había sido tan considerable merced á la ida á Mallorca, que sus vasallos, particularmente los barceloneses, pudieron botar al agua una flota que así asegurase la persona de su príncipe como le granjease autoridad y honra ante las repúblicas italianas, tan poderosas en fuerzas navales: verdadero origen de la marina catalana, hecho notable que por sus consecuencias dió carácter muy peculiar á los acontecimientos sucesivos y á toda la historia de la mayor parte de la corona aragonesa. Visitando de paso sus estados de la Provenza, con muy gentil compañía de prelados, barones y hombres de armas se presentó en el puerto de Génova; donde acogido honrosamente, es fama que peroró en el Senado acerca de sus intentos y mereció que la Señoría le prometiese valerle en ellos. Mayor aplauso debía esperarle en Pisa, fresca todavía

la memoria de la expedición cuyo mando él había ejercido: la procesión solemne, con que narran las crónicas se le recibió al tomar tierra, bien decía con qué solicitud mirarían los pisanos los negocios de Ramón Berenguer; y ciertamente no contentos con renovar la alianza, moderaron el celo del Conde y con prudentes consejos le advirtieron de que no impunemente podía en el corazón de la cristiandad ir á postrarse ante el Vicario de Cristo, quien por esto solo, amen de otras causas políticas, despertase el encono que á todo lo del papa profesaba el emperador Enrique. Parecióle bien al Conde el aviso, y fió á una embajada la relación de sus peticiones, que muy particularmente consistían en demandar á Pascual II auxilio para la guerra que proyectaba emprender, y la promulgación de una bula que con los incentivos de la piedad pusiese las armas en las manos de todo buen cristiano. Otorgóselo el papa, como tan promovedor de la restauración de la fe, y aun sin duda tan enamorado de la creencia robusta y sencilla de los naturales de estas tierras, que la alimentaban con la misma continuación de la guerra, cuanto afligido ya de que el ocio y los intereses materiales fuesen enflaqueciendo poco á poco la de otros príncipes de Europa. Por esto fué tan grande entonces la influencia de la Santa Sede en las cosas de Cataluña, y sobradamente debió de serle notorio lo que de tal catolicismo pudiese prometerse, ya que tan solícita andaba ahora y después en despachar sus legados para satisfacer las demandas de nuestros condes.

Al regresar de este viaje, quiso la suerte que un hecho de armas acompañase al buen suceso de aquellas negociaciones y diese testimonio de que realmente los barceloneses habían montado la flota para honra y resguardo de su soberano. La fortaleza de *Fossis* ó Castellfoix en Provenza se había apartado de su obediencia: no sin mengua suya la hubiera Ramón Berenguer dejado sin castigo al pasar casi al pié de sus murallas; y echando á tierra su gente, la combatió y tomó á viva fuerza. Los barceloneses lo fueron casi todo en el cerco y asalto, como lo ha-

bían sido en el armamento naval; por esto en 1118 merecieron de su Conde aquel privilegio, por el cual, haciendo muy señalada conmemoración de estos servicios, eximió á sus galeras del nuevo derecho del quinto impuesto á las embarcaciones que arribasen á su puerto.

Los estados que en los orígenes de la historia catalana aparecen repartidos entre varios individuos de la casa de Wifredo, iban reuniéndose otra vez en la rama principal: ya todos, menos el condado de Urgel, la rendían feudo; pero los más pingües se le incorporaban con plena propiedad. La muerte de su yerno el conde de Besalú había añadido este florón á la diadema de Ramón Berenguer III: la del postrer conde de Cerdaña Bernardo Guillelmo; acaecida por estos años, le trajo aquel dominio que sentado en el alto valle del Segre y en el riñón del Pirineo extendía sus brazos hacia Berga por Cataluña, hasta Villafranca de Conflent por el Rosellón y á la raya del Tolosano. Al partir á la Siria, Guillelmo Jordán había instituído heredero á ese su hermano Bernardo, substituyéndole, caso de morir sin hijos, el conde de Barcelona.

La conquista de Tortosa era el norte de los pensamientos de éste, que en todos sus pactos de alianza y guerra la mencionaba; mas como cuerdo y sabedor de lo que podía la fortaleza de la plaza, completó la aseguración de los puntos á ella más cercanos, entre los cuales era el primero Tarragona. Si su tío la había arrancado del poder de los árabes, casi sólo había sido como por vía de desalojar al ejército contrario de una posición ventajosa, y por ello no hubo lugar á asentar su restauración: la antigua metrópoli continuaba arruinada y desierta, y sus escombros, hechos también puesto militar, únicamente habían cambiado de presidio. No resonaba en ella sino el estrépito de las armas, y poca seguridad ofrecía puesto que el grueso de los jinetes almoravides entró á talar el condado con las feroces algaras que mencionamos. Ramón Berenguer III, para consumir la obra de su tío, apeló á lo mismo que la había fomentado en

sus comienzos, al deseo que la iglesia abrigaba por esa restauración, al celo del clero de Cataluña. Experimentado en las necesidades de sus dominios al igual de su abuelo Ramón Berenguer *El Viejo*, había traído casi forzosamente á regir la mitra de Barcelona aquel santo varón Olaguer, cuya piedad y fervor habían de ser un freno á la relajación en que eclesiásticos y seglares cayeran parte por la ignorancia de la época, parte por la fiereza de las costumbres. Y como las virtudes del obispo brillaron con más claro resplandor en su nuevo cargo y á la par crecieron su fama y su veneración, el Conde le eligió para el arzobispado de Tarragona vacante desde la muerte del obispo de Vich Berenguer de Rosanes; y fuesen suyas ó de Olaguer las primeras instancias, por enero de 1117 reiteró la donación que á la Iglesia tarragonesa había hecho su tío de aquella ciudad y territorio. Fué ésta una resolución felicísima, y el éxito justificó cuánto acierto había en fiar al fervor cristiano la rehabilitación de lo que tan caído estaba y tan en presencia del enemigo. Olaguer, pasando á Roma, obtuvo confirmación de su arzobispado y hasta una bula en que se promovía la cruzada para libertar las Iglesias españolas; y pues por ella se le designaba Legado pontificio, lícito es creer que aplicaría su efecto á su nuevo dominio. Á un tiempo cuidaba de atraer pobladores, de levantar las viviendas, de reparar los muros y de echar los cimientos de la catedral que aún hoy nos admira; y para que los cuidados de la defensa no le distrajesen del gobierno de la metrópoli y del país, la cometió algunos años después al normando Roberto Burdet ó Aguiló, y por medio de éste guarneció la plaza con los muchos guerreros que necesariamente habían de acudir á hacer muestra de su piedad en aquel peligroso apostadero.

La Iglesia, tan celosa en recobrar el territorio ganado por el islamismo, al confirmar la donación de Tarragona á Olaguer no había olvidado á Tortosa, antes con palabras explícitas la sujetaba como parroquia á la metrópoli, caso de que «la divina

clemencia la devolviese al pueblo cristiano;» ya se ha visto que este era el proyecto favorito del conde Ramón Berenguer III, quien para realizarlo había contraído alianza de guerra con pisanos y genoveses. El santo arzobispo se mostró entonces digno del cargo de Legado del papa, y supo hacer fructuosa la bula que llamaba á todos los guerreros á cruzarse por la libertad de la Iglesia española; y como ya el Conde entendía en los aprestos, la venida y la presencia de Olaguer llevaron la actividad al más alto punto. Enviásen ó no sus bajeles Pisa y Génova, los catalanes rompieron la campaña tan rápida y prósperamente, que Tortosa compró su salvación con hacerse tributaria. El ardor del triunfo hubo de llevarles al pié de las murallas de Lérida, si ya no fué que bastaron sus intentos de pasar á sitiarla; y su walí, que el documento llama Avifilel, por setiembre de aquel año 1120 celebró con el Conde un convenio por el cual se le hacía tributario por entrambas ciudades y le entregaba los mejores castillos de aquella ribera. Ramón Berenguer le concedió en cambio algunos honores en Barcelona y Gerona, y le prometió tenerle aprontadas para el siguiente verano veinte galeras y cuántos *Gorabs* ó *Currabios* (*Barcas*) necesitase para transportar á Mallorca su servidumbre y doscientos caballos (1) (a). Quién fuese aquel walí no consta con certeza: sólo dicen las historias arábicas que luégo que la dominación almoravide comenzó á ser reciamente combatida en España, el hermano del intrépido Zakarya-Ebn-Ganya pasó á fortalecerse en Mallorca, adonde acudieron luégo á refugiarse los restos de su familia y de los más leales almoravides. Zakarya-Ebn-Ganya era el principal caudillo de éstos, el que con su fortaleza y acti-

(1) Véase este importante documento en el *Tomo de MALLORCA*.

(a) El documento ó convenio á que se hace referencia, no prueba que se verificase este año la conquista de Tortosa ni la de Lérida, pues no es más que un tratado de amistad entre el walí leridano y nuestro Conde. Por lo tanto no puede colocarse la toma de Tortosa caso de que se comprobare, lo que es dudoso, antes del año 1123, fecha en que la fijan los biógrafos de San Olegario.

vidad detuvo algún tiempo la ruina de aquella dominación: tiempo había que los califas de Marruecos atendían especialmente á los progresos de los cristianos de Afranc ó sea de Aragón y Cataluña; y si antes les vimos mandar á estas fronteras la flor de sus jinetes y sus mejores capitanes, ¿por qué no hemos de creer que ese mismo mando cupo á uno de aquella guerrera familia de los Beny-Ganyas y que ese firmaba el convenio? Algunos años después, 1133 y 1134, Abu-Zakarya se encontraba realmente en Lérida; y de ella salió con su caballería á sorprender al rey Alfonso *El Batallador* con el tremendo combate de Fraga, tan funesto á Aragón y tan trascendental para el condado de Barcelona.

Animoso con tales victorias, también quizás con la nueva alianza que le ocasionó el casamiento de su hija Berenguela con don Alfonso VII de Castilla, emperador de España, por los años de 1128; quiso Ramón Berenguer III que los restantes enemigos de Cataluña, los que desde las campiñas de Valencia enviaban sus tayfas á Tortosa y Lérida sintiesen la fortaleza de sus armas, ya que de las reliquias del emirato zaragozano daba tan buena cuenta la espada de Alfonso *El Batallador*. Y sin duda con tan prósperos sucesos coincidían á la sazón los alzamientos de los árabes españoles contra el imperio almoravide y los rudos embates de la secta almohade, y ó campeando por sí mismo, ó sólo como auxiliar, que parece lo más probable, ello es cierto que llegó á penetrar á viva fuerza en la misma Valencia (1) (a).

No le faltaron altercados dentro de sus mismas tierras: la posesión de la Provenza había de ser por largos años envidiada y turbulenta; y ya entonces, teniendo algunos derechos á ella

(1) Véase el *Tomo de MALLORCA*.

(a) La conquista de Valencia por Ramón Berenguer III debe colocarse, en tal caso, antes de la toma de Tortosa, pues con ella intentó el Conde asegurar que no viniese de aquella región socorro alguno que impidiese el triunfo de sus armas.

la esposa del conde de Tolosa Alfonso Jordán (1125), la disputa se ensañó hasta parar en guerra abierta. Lo notorio de la razón del tolosano, la mediación de varones piadosos é imparciales, y más que todo el haberse rehecho los sarracenos fronterizos, indujeron á Ramón Berenguer á ahorrar la sangre de los pueblos inocentes conviniendo con Alfonso Jordán que se partiesen Belcayre y la Provenza en iguales porciones, menos la ciudad de Aviñón, y muriendo sin hijos una de las dos condesas, su porción fuese devuelta á la que sobreviviera.

Ya era tiempo de dejar la Provenza á toda prisa: los almoravides por cuarta vez lanzaban el grueso de sus fuerzas contra el condado de Barcelona, y las comarcas del Segre, del Cinca y del Noguera resonaban con sus funestas ataquebiras. Revolvió el Conde contra ellos antes que el estrago del interior de sus estados hiciese vana toda victoria: avistáronse entrambos ejércitos junto á la confluencia del Segre y del Noguera Ribagorzana, delante del castillo de Corbins que está entre Lérida y Balaguer; venció empero el mayor número, y pocas y despedazadas reliquias del cristiano pudieron contar á sus compatriotas lo terrible de la batalla. Menester fué esta derrota para que el barcelonés y el monarca de Aragón abriesen los ojos á la certeza de lo que á su situación convenía: la pujanza almoravide, dueña de fuertes plazas intermedias de Aragón y Cataluña, lanzaba su excelente caballería ya contra el uno ya contra el otro de los dos príncipes, que se encontraban cada cual solo á resistir la carga de tantas huestes; aunando sus esfuerzos, las contingencias de derrota se minoraban, y recelosos de su suerte al fin acordaron hacerlo ahora Alfonso *El Batallador* y el barcelonés en una entrevista adrede concertada. Así aquellas dos coronas, que crecían á un mismo tiempo y cooperaban á su engrandecimiento mutuo ya directamente, ya por la identidad de los medios, poco á poco se aproximaban á la reunión en que forzosamente habían de parar cuando, no existiendo en sus fronteras plazas enemigas que las separasen y redondeados sus

límites respectivos, cesase el destino al parecer providencial de cada una y fuesen necesarios mayores esfuerzos para continuar la obra de la restauración española. Destino providencial, escribimos, y con intención; que ciertamente no era el de Aragón y Cataluña parar en rivales y adversarios cuando no los separasen mutuos enemigos, y gastar sus armas en su ruina recíproca mientras había vecinas comarcas españolas que obedecían la ley de Mahoma. Si los hechos más particulares son los que ocasionan la explicación de las épocas de la humanidad, este fué el destino de la gran familia española durante aquel penoso período. Roto el imperio godo, deshecho todo centro, sólo subsistía el poder de la tradición y de los sentimientos individuales, mayormente conservados por los descendientes de los montañeses, por los Euskaros, los Vascones, los Astures, los Galayos, los Celtíberos, los Ilergetes, Laletanos é Indigetes. La tradición y aquellos sentimientos erigían donde pudiesen focos diversos de resistencia y restauración: bajando de sus alturas, á medida que ganaban tierra en el llano, los límites de los estados que nacieron de estos focos se acercaban; y al tocarse cesaba su diversidad de origen, y sus naturales veían claramente que su tradición y sus sentimientos eran idénticos en el fondo, si bien caracterizados por las instituciones y usos que de las causas secundarias y del largo transcurso se habían originado. Cada foco, ó llámese estado, había nacido y desarrolládose con la idea de echar á los infieles del país de sus mayores: uno era el enemigo común; por esto aquellos focos ó estados debían irse fundiendo á medida que se encontraban, si la tradición general de reconquista había de cumplirse. Y felizmente esta fusión fué haciéndose por tan maravillosa manera, que concentrando las voluntades y los esfuerzos para proseguir el recobro de la España, no alteró el carácter que las circunstancias peculiares de cada estado le habían apropiado con indeleble fijeza. Menester fué que el destino providencial de todos los estados españoles estuviese cumplido, para que entonces la monarquía, sin territo-